



Historia de un libro

History of a book

■ Fernando Díaz-Plaja

■ La idea me estaba rondando la cabeza desde mi primera salida al extranjero en el lejano 1946. Llegué a Italia en un barco que realizó el viaje desde Barcelona y mi primera impresión fue de sorpresa ante la diferencia del comportamiento de la gente en comparación con los hermanos latinos que había dejado atrás. En mi país la guerra civil había terminado oficialmente el primero de abril de 1939 pero lo que acababa de dejar seguía siendo una larga batalla donde los vencedores no dejaban de recordar continuamente su victoria. En efecto, las paredes de la ciudad estaban cubiertas con carteles celebrando los retratos del general Franco con los de José Antonio Primo de Rivera. El primero era el jefe indiscutible; como rezaban las monedas de obligada circulación se trataba nada menos que del "Caudillo por la g. ('gracia') de Dios", frase que algunos "rojos" todavía irredentos, aseguraban tenía que querer decir por la "guasa" que Dios había hecho al pueblo español permitiendo que quien unos años antes era sólo uno más entre los jefes del ejército sublevado, ascendiera, por un cúmulo de muertes (la de Sanjurjo, de Mola, de José Antonio Primo de Rivera) a la suprema jerarquía del Estado sin la menor cortapisa a su voluntad, dado que sin tener que dar explicaciones a nadie porque tanto se había ¿creído? que sólo respondería de sus actos "ante Dios y la Historia", con lo que esto significaba de amplio margen.

Un país todavía dividido en el fondo, bloque sólido en apariencia, es lo que dejaba a mis espaldas al embarcarme rumbo a Italia, a donde iba con dos propósitos: trabajo en un libro sobre Carlos de Borbón, el rey de Nápoles y Sicilia que luego fue Carlos III de España, y mandar crónicas describiendo los acontecimientos que ocurrían aquellos días en la agitada Italia, que acababa de perder una guerra y un régimen, el fascista que, en su caída había arrastrado a la monarquía que le dió el mandato legal para gobernar el país pero que, ante el desastre militar, quiso arrojar el lastre cesando a Mussolini como jefe del gobierno, pidiendo la paz a las democracias

El autor nació en Barcelona en 1918, es Doctor en Historia por la Universidad de Madrid (1945), miembro de la Academia de la Historia y ha enseñado español en diversas universidades extranjeras. Ha escrito numerosas obras sobre historia y literatura: *Teresa Cabarrús* (1943), *Teatro español de hoy* (1959), *La historia de España en sus documentos* (1954-65), *Francófilos y germanófilos* (1973), etcétera, y varios *best-sellers* que empezaron con la publicación de *El español y los siete pecados capitales* (1966), que este año cumple 40 años.

occidentales. Una medida que no consiguió hacer olvidar su anterior compromiso con el fascismo, por lo que no bastó para salvar el régimen la abdicación de Víctor Manuel II en su hijo Humberto II de Saboya, quien también tuvo que salir del país tras un referéndum nacional.

Y a aquella Italia que acababa de salir de una guerra internacional complicada con otra civil (fascistas de Saló contra "partigiani" de centro e izquierda) llegaba yo con el sello infamante de vivir en la España de Franco.

Caminando por el puerto, vi una taberna y entré. Estaba llena de obreros con aspecto de portuarios; se hablaba y se reía entre el humo de los cigarros y el chocar de vasos y platos. Me senté en la única mesa que quedaba libre y pedí, ¡claro! un plato de pasta "asciuta" es decir, seca, en lugar de "in brodo" (con caldo). La empezaba a paladear cuando se abrió la puerta y entró un hombre de media edad. Todos le miraron y él, de pronto, levantó la mano en saludo fascista. Yo miré a mi alrededor esperando y temiendo la reacción iracunda del público, pero nadie se movió...

No había hecho más que empezar porque ante la mirada atónita de todos, aquella mano abierta se convirtió en el puño cerrado que constituía el saludo marxista por excelencia; la gente empezó a tranquilizarse y esa actitud se volvió carcajada cuando el gesto de izquierdas se convirtió en dos dedos, el índice y el mayor, dando la bendición a los presentes. Con esos tres gestos, el recién llegado acababa de representar y burlarse de los tres estados de ánimo en que se dividió el pueblo italiano: los pocos nostálgicos fascistas, los izquierdistas seguidores de Marx y Lenin y los democristianos apoyados por el papado.

Fue mi primera impresión del pueblo donde habría que vivir durante muchos años y la de que mi gente era distinta de los otros pueblos. Inclusive de los vecinos de la misma raza meridional. Esa comparación mental la seguí efectuando en los diversos lugares donde la suerte me permitió vivir, es decir, después de Roma en el Heidelberg alemán, en el Graz austríaco, en el Río brasileño o en las Pensilvania, California, Texas y Arizona norteamericanas. Cuanto más observaba las costumbres extranjeras, más llegaba a la conclusión de que las nuestras, hasta entonces consideradas normales, eran diferentes e incluso, para muchos observadores, extrañas. A pesar de pertenecer al continente europeo estaban muy alejados de los de nuestros cercanos vecinos los franceses o los italianos antes mencionados; lo mismo que ocurría según descubrí al visitar el otro extremo de Europa, es decir la Rusia que entonces todavía se llamaba Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En aquel país físicamente lejano encontré más similitud con España que en los de cercanía física. En efecto, en ambos el observador podía notar que la influencia europea estaba limitada por la atracción que ejerce en sus costumbres África en el caso español y Asia en el ruso. Ambos pueblos coinciden en tener una gran influencia de la religión, algo que no existe en el resto del continente, unido, a menudo, a circunstancias geográficas: extensión de tierras áridas, que obligan al nativo a buscar en el cielo lo que no encuentra aquí y da lugar al misticismo, fenómeno desconocido en la historia del pensamiento en Francia, Holanda o Alemania. Gran sentido de la hospitalidad, violencia partidista y a menudo sanguinaria, poder absoluto de los reyes o caudillos.

Hay una anécdota, para mí de gran valor simbólico, que ocurrió en el siglo XIX. Fue cuando toda Europa se congratulaba ante la nueva red de ferrocarriles que, al favorecer el intercambio de mercancías y el trato personal entre los diversos países del continente, contribuirían al mayor entendimiento entre los europeos y con ello, a la paz mundial. Así lo entendieron todas las naciones colaborando eficazmente al tendido de vías férreas que sirviesen de soporte a los vehículos del futuro en su misión unitaria... Todas las naciones... menos Rusia y España que, sin ponerse de acuerdo, reaccionaron ante la invitación a colaborar en el nuevo lazo de unión con más desconfianza que entusiasmo. Fue una reacción basada en un recelo común: ¿quién nos garantiza que ese nuevo sistema de transporte, además de mercancías varias, libros y partituras musicales, no ayude a que franceses, portugueses por un lado, polacos, rumanos, búlgaros por otro, consigan más fácilmente invadirnos en la próxima guerra? Un recelo ancestral que obligó a los dos países extremos de Europa a aceptar la integración ferroviaria... con una importante salvedad: la anchura de las vías sería distinta, más grande en Rusia y en España que en los otros países. Sin ponerse de acuerdo ambos habían llegado al mismo pensamiento: que la madre Europa podía convertirse fácilmente en madrastra a la que era mejor tener lejos.

Todos estos razonamientos me impulsaron a ver a mi pueblo a una luz distinta y curiosa, impulsándome a describirla en un libro. Pero ¿cuál sería la forma de presentar esa estampa? La pregunta de uno de mis alumnos de la universidad de Santa Bárbara en California sobre la influencia de la Iglesia Católica en la literatura de España, me dio la pista. Estudiaría el carácter de mis compatriotas utilizando como base los peores pecados que un creyente puede cometer en su vida: los capitales.

En el invierno y primavera del año 1966 alterné mis enseñanzas en la universidad con la redacción de mi nuevo libro. En junio lo había terminado y traje el original a Madrid. Ya solo quedaba encontrar el editor apropiado y elegí a Ortega y Gasset, cuya empresa Revista de Occidente había sido fundada con gran éxito entre los lectores cultos por su padre José. Yo ya había publicado en ella mi tesis doctoral que titulé *Griegos y Romanos en la Revolución Francesa* y el trato había sido satisfactorio, por lo que me decidí a proponerle la nueva aventura (todas lo son por bueno que sea el texto y conocido el escritor). A los pocos días de entregar el original fui a verle y me recibió muy sonriente:

—Mira —me dijo—, le di a leer tu obra a uno de nuestros consejeros que, en general, se duerme a las pocas páginas de cualquier obra que le doy...

—¡Muchas gracias! —le interrumpí—, esa elección tenía todas las características de un sabotaje...

—No —me contestó—, yo sabía que en tu caso no lo haría, pero no imaginaba el entusiasmo con que me habló de su lectura. No había podido conciliar el sueño hasta que lo terminó, muerto de risa.

—Entonces ¿cuándo firmamos el contrato?

Ortega rió la cara.

—Hay un inconveniente —dijo. Tu obra es tan divertida que la imposibilita para aparecer con el sello de la Revista de Occidente.

Compungido alargué la mano para recoger el original, pero él no me lo dio.

—Sin embargo, si no te importa esperar unos meses... tenemos pensado iniciar otra editorial con criterios literarios más amplios. Y allí podría ir tu obra.

—De acuerdo —contesté.

El libro apareció en enero de 1967 aunque el año que figura en las páginas preliminares es de 1966. Yo recibí los "ejemplares de autor" en California y me gustó la portada donde un campesino yacía con la boina sobre los ojos en alusión, supongo, al último de los pecados capitales españoles, es decir, la pereza.

Como yo nunca la he tenido para escribir, la vista del nuevo libro me animó a lanzarme a otro proyecto que me rondaba en la misma línea, esto es: "los pecados capitales en USA". Lo terminé antes de iniciarse las vacaciones del estío de 1967 y viajé a Madrid convencido de que el éxito de la obra primera aconsejaría al editor aceptar otra similar sobre el coloso norteamericano. Pero me equivoqué de medio a medio.

—¿De qué éxito me hablas? —preguntó Ortega— si tu libro no se ha vendido apenas...

Quedé desconcertado.

—Entonces no te interesará otro ensayo en la misma línea...

—No, claro. Lo siento, Fernando.

Me trasladé con mi rechazado original —no era la primera vez ni iba a ser la última— y fui a Barcelona a ver a mi familia allí residente. En una tertulia de café me encontré a Tomás Salvador, un novelista con cierto éxito que había decidido crear su propia editorial con la que lanzar sus obras. Le hablé de mi obra inédita y me la aceptó en el acto. "Ligero de equipaje" como decía el gran Antonio Machado me volví a los Estados Unidos a seguir enseñando... y a escribir de otros temas dado que el análisis de las debilidades humanas en España o América no parecían despertar la menor curiosidad entre mis compatriotas.

Y de pronto, en el otoño de 1967 empezaron a llegarme noticias mucho más agradables para mi ego... Parece que, durante el verano anterior, en las playas españolas se empezó a comentar mi libro "¿has leído lo de los pecados capitales?" Y las ventas empezaron a subir como flechas sorprendiendo a todos y en especial a la editorial que, novata como era ante un éxito popular (Revista de Occidente publicaba libros para una minoría selecta) no disponía de dinero, organización ni tiempo para imprimir la cantidad de ejemplares que exigía una mayoría de españoles. De pronto, me había convertido en el autor de moda aunque en las listas mensuales de libros más vendidos jamás pude superar a los autores de fama internacional; mi obra siempre se quedaba en tercer o cuarto lugar tras relatos como *Chacal* y *Oh Jerusalem*.

En la vida diaria yo notaba esa creciente popularidad en la expresión alborozada con que acogían mi nombre en las presentaciones:

—Fernando Díaz-Plaja, ¿el de los pecados capitales? —pregunta estereotipada que cuando me la hizo el Conde de Orgaz, luego gran amigo mío, me impulsó a contestarle:

—¿El del cuadro?

Algunos periodistas de entonces me preguntaban en las entrevistas qué efecto me producía ser conocido por un libro de tono menor, intelectualmente hablando, cuando ya había publicado obras de mayor envergadura y peso, a lo que contestaba que me parecía lógico que hubiese un mayor número de lectores interesados en saber cómo somos los españoles ahora, que en lo que hicieron en tiempos pretéritos en las armas o en las letras. Que mi preocupación por la psicología nacional había sido siempre la misma pero que, al parecer, esta vez había acertado en la forma de presentarla al público.

Me contaba mi hermano mayor Guillermo que en aquella época en cualquier presentación él sabía en seguida que le confundían conmigo cuando iniciaban su indagación con una sonrisa cómplice. Antes de preguntar: ¿Es usted el autor de...? ya sabía que luego aparecerían los pecados famosos. Si el recién conocido, en cambio, mantenía un aire serio su indagación se referiría a su *Antología Mayor de la literatura española*, o al ensayo sobre el Romanticismo que a los 25 años le valió el Premio Nacional de Literatura.

El éxito literario trajo, como es natural en estos casos, la petición de firmas en las Ferias del Libro en años y lugares diversos de España; esas ocasiones en las que el autor tiene la oportunidad única de enfrentarse con la persona que le ha leído o quiere leerle, una ocasión que el comediógrafo, por ejemplo, conoce en cuanto cae el telón final y los espectadores manifiestan su aprobación o desagrado aplaudiendo o pateando. Es algo interesante, arriesgado y atractivo al mismo tiempo. Pero en el caso del volumen impreso, el creador solo puede imaginarse al lector en la soledad de su cuarto, pasando las páginas que él redactó con tanta ilusión. A veces puede encontrarlo en cualquier reunión para poder recibir el consiguiente halago, aunque a veces vaya acompañado de alguna censura. "Me gustó mucho pero tengo que señalarle que, en mi opinión, el personaje del tío del protagonista queda algo confuso en su psicología".

Esa distancia que, en principio existe entre el novelista, ensayista, poeta, biógrafo y el lector a quien va destinado su esfuerzo creador, desaparece en la Feria del Libro, por ello siempre bien recibida por los autores. Es la ocasión de ver materializarse ante sus ojos a ese ser lejano muchas veces más soñado que real, que ha de juzgar su trabajo. Las ciudades pueden ser distintas y las ferias variadas pero hay algo común en todas ellas: es la única ocasión en que el autor y el lector están frente a frente... y el resultado es tan vario como la misma humanidad. En general hay un respeto inicial en la actitud del visitante y una seguridad, casi petulante, en la del escritor del que se solicita la firma pero, a veces, se encuentra con alguna excepción. Como el que un día, al entregarme el ejemplar recién adquirido, me dijo:

—Aquí tiene. Ponga: a mi amigo Roberto Pérez con...

—Perdone —le interrumpí—, ¿le importa que sea yo el que escriba la dedicatoria? Es parte de mi oficio, ¿comprende?

Se calló medio amoscado. Estoy seguro que luego comentó con los amigos que yo era muy petulante.

Ese encuentro esporádico del autor con el lector da motivo a muchas otras anécdotas... en algunos casos, pocos, desagradables al reflejar actitudes hostiles de antemano a veces por ide-

ario político. Era muy fácil, por ejemplo, descubrir el ideario franquista de algún lector cuando me espetaba:

—Y dígame señor Díaz-Plaja, ¿cuándo va usted a escribir “El español y las siete virtudes”?

Yo esbozaba entonces una amplia sonrisa para no herir sus sentimientos políticos con mi respuesta:

—Eso no hace falta que lo escriba nadie. ¿No lo oye todos los días en las radios y televisión, además de leerlo en todos los periódicos?

En esos casos, me imagino que el caballero en cuestión comentaría en su casa al exhibir su ejemplar y oír la pregunta acostumbrada sobre cómo era, de cerca, el escritor con quien había hablado:

—Simpático, pero me temo que es un “rojo” de mucho cuidado.

A veces en esas firmas se coincidía con algún otro escritor con quien me unía amistad. Una vez fue un tocayo muy leído en aquel tiempo y llamado Fernando Vizcaíno Casas; un hombre con gran sentido del humor y con quien bromeábamos sobre el hecho de mucha gente que nos confundía todo el tiempo. Algo con que ninguno de los dos estaba de acuerdo (imagino que cada uno pensaba que era mejor parecido que el otro) pero de lo que nosotros sacábamos partido para desorientar a quienes pasaban en aquel momento por delante de las casetas.

—Enhorabuena, señor Díaz-Plaja —gritaba yo— veo que está usted firmando muchos ejemplares de su última novela.

—Lo mismo le digo, Vizcaíno —contestaba él— también me he enterado de su último *best-seller*.

Los transeúntes que oían este intercambio, se detenían en su camino, miraban las fotos y el letrero colocado en las respectivas casetas con nuestras efigies y seguían su camino sacudiendo la cabeza.

Como es natural esas bromas se hacían cuando el éxito de nuestras obras había disminuido con el tiempo y eran pocos los paseantes que se acercaban a pedir la firma del autor. La verdad es que, en esos casos, la tarde se hacía interminable porque toda la gracia de la exposición personal “autor firmando sus libros” con una cola frente a él, se convertía en un busto rodeado de volúmenes y hablando animadamente con el librero para que no fuese demasiado evidente el aspecto de un torso solitario emergiendo horas y horas por encima de las obras. Eso ocurría cuando el triunfador del año anterior había sido sustituido en el favor del público por otro colega (alternativa siempre injusta, claro) y ahora la cola estaba formada frente a otra persona.

En general, los que solicitan la firma de un autor en esas ferias suelen ser amables y bien educados pero de vez en cuando se cuelan los fanáticos de una posición social que quieren aprovechar la oportunidad de poner de manifiesto su ideología en un lugar público.

Como los que encontré en una Feria del Libro bilbaína, dos de esos apóstoles de la nueva anarquía más que comunista, Greenpeace o similares. Eran jóvenes con aspecto de estudian-

tes universitarios y el diálogo se inició cuando ella cortó con un gesto mi intento de iniciar mi dedicatoria en uno de los ejemplares que estaban sobre el mostrador.

—No, gracias —me dijo mirándome fijamente— no venimos a comprar su libro. Si a usted no le importa queríamos hacerle una pregunta.

—Si a usted no le importa —corroboró el muchacho.

—De ninguna manera —contesté—, estoy a su disposición.

Mientras hablábamos les observé, iban de muchachos modernos pero sin exagerar, es decir, sin tatuajes, ni mostrando el ombligo adornado con una piedra semipreciosa, ella.

—¿Por qué está usted firmando sus libros? —dijo ella y el continuó: —¿No cree que es una mezcla de divismo y vanidad?

Algunos de los que formaban cola ante la caseta se acercaron, más para escuchar una conversación que prometía ser distinta del diálogo natural entre el autor y el admirador. Decidí coger el toro por los cuernos.

—¡Pues sí, tiene usted razón! —contesté— ambas cosas.

Se quedaron estupefactos.

—Entonces, si piensa usted así... ¿por qué lo hace?

—¡Ah, amigos míos! —me repantiqué en la silla quitándome los lentes como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para dilucidar el caso— lo malo es que el ser humano decide una cosa y la sociedad que le rodea le obliga a hacer lo contrario. Ustedes saben que, por mucho que queramos ser independientes, todos los profesionales del mundo estamos sujetos, mejor, somos esclavos, de la llamada sociedad de consumo, esa tirana que nos dicta nuestra vida e incluso la ropa y adornos que nos ponemos. Por ejemplo usted, señorita, es muy bonita. No, no ponga usted cara de repulsa, no trato de emplear el socorrido amuleto del piropo para congraciarme con usted. Pero usted, por ejemplo, no necesita esos bonitos aretes que lleva en las orejas y que al sentarle muy bien, atraen la mirada de la gente con que se cruza, pero se los ha puesto para estar mejor ¿ve? Pues en la misma línea me encuentro yo en estos momentos. La maldita sociedad de consumo me impone, aparte de escribir un libro, una forma vanidosa de venderlo mejor. ¿Se da cuenta? Esta descarada exhibición mía corresponde, en mi caso de escritor, a los pendientes con que adorna su bella cabeza. Como decían ustedes antes, con toda razón, mi obligación es sólo la de escribir un libro sin la ayuda artificial de la firma para venderlo mejor. Es, disculpe la comparación, como los brincos (como decíamos en el siglo xvi) que yo tengo que ponerme para cumplir con esa repugnante sociedad de consumo en que vivimos.

Callaron y se fueron un poco decepcionados pero mi mérito fue mínimo. Ellos eran todavía unos alevines del pensamiento independiente y yo ya había llegado al colmillo retorcido de los cincuenta años.

El libro, aparte del éxito de venta, me proporcionó una serie de sorpresas. La primera fue la casi nula reacción de la crítica española con la que contaba. Al fin y al cabo, pensaba, desde el ensayo de Salvador de Madariaga *Ingleses, franceses y españoles* no se había publicado

nada sobre nuestro carácter nacional, por lo que suponía que habría artículos en favor, pero los en contra, dado el carácter negativo que impregna nuestro modo de ser, serían muchos. Ante mi estupor no surgió ninguno; una sorpresa que en este caso, no fue de decepción y sí de contento. También estaba seguro de que la obra no encontraría el menor éxito entre mis compatriotas, irritados como estarían ante el espejo de sus defectos. ¿Pero quién se ha creído que es ese señor? ¿Cómo se atreve a juzgarnos? Fue el segundo error, porque no recibí una sola carta de protesta por parte de mis compatriotas... con una sola excepción. La de un español residente en Buenos Aires quien me contó su caso particular. Tenía la costumbre de reunirse con varios amigos en un café de la capital argentina, tertulia en donde él era el único "gallego" como allí nos llaman. En la charla amistosa se tocaba a menudo las diferencias entre sudamericanos y españoles poniéndose de manifiesto los defectos de ambas sociedades. La misiva del exiliado hispano se quejaba justamente de que, sus compañeros de mesa, acogieron mi obra con regocijo porque les daba la razón: ¿Ves?, si tu mismo compatriota lo admite en la página 125... "me ha hecho usted una 'faena' con su obra" se quejaba el corresponsal. Ahora me he quedado en una postura de franca inferioridad. "Lo lamento —le contesté— pero yo le puedo facilitar varias cartas de argentinos asegurándome que mi libro podía haberse escrito igual reflejando a su propio país. De forma que no presuman de ser más 'europeos' que nosotros".

Otro hispano tuvo un problema parecido... se trataba del almirante Rivero, de la marina norteamericana y que fue embajador de los Estados Unidos en Madrid. Tras conocerle y simpatizar con él le había regalado mi obra para que conociera un poco más a la gente que iba a tratar. Lo que no había imaginado era que ese obsequio tuviera efectos inesperados en su propio... hogar. Algo de lo que me enteré en una recepción de la embajada celebrada poco después. Como es de rigor el jefe de la misión estaba en el umbral del salón recibiendo a sus invitados y, apenas me vio, me separó a un lado, alejándose de su esposa que le ayudaba en dar la bienvenida a los invitados.

—No sabes el problema que me has planteado con tu libro —me susurró.

—¿No te ha gustado?

—Mucho, el problema es que mi mujer lo está leyendo ahora; lo hace en la cama y continuamente me hace notar algunos rasgos del carácter español que descubre, ya que yo, como sabes, soy descendiente de su gente —¡Ah!— dice de pronto, en voz alta incluso despertándose si estoy dormido. ¡Mira! y me lee el párrafo en cuestión. ¡Fíjate! ¡Está clavado! ¿Te das cuenta?

Me reí e intenté consolarle.

—Lo siento, embajador, pero ya no puedo corregir la obra para evitarte esos malos tragos. Lo único que puedo hacer es regalarte otro libro mío titulado *Los pecados capitales en los Estados Unidos* para que, de vez en cuando, seas tú quien la despierte y compruebe que también puede ser ella personaje de una obra sobre un pueblo...

* * *

La pervivencia de una obra de ese tipo depende del posible cambio que en la psicología del pueblo traen las nuevas modas. En el prólogo a la edición del año 2004, que era la vigésima del libro, escribí lo siguiente:

“La llegada al país de la Democracia me ha obligado a poner al día algunos capítulos. No creo que el español haya cambiado fundamentalmente pero, parece claro, que ahora puede mostrar de forma más abierta sus pecados...”

Esa advertencia se refería sobre todo al capítulo referente a la lujuria que, sin variar con los años en su substancia básica: “¿qué ha de ser? Un hombre y una mujer”, como resume acertadamente el protagonista de Tirso de Molina para describir una relación tan antigua como monótona. Pero, si el acto sexual seguía siendo el mismo, más o menos aderezado por la imaginación de los participantes, la reacción de la sociedad española hacia él había cambiado totalmente. En pocos años la libertad política se había extendido a la moral y nadie se asustaba si unos novios tenían relaciones íntimas antes del matrimonio o que jóvenes de distinto sexo vivieran juntos en las llamadas comunas. “Hoy —escribía yo en el párrafo citado (año 2004)— las relaciones sexuales entre jóvenes son, en la mayoría de los casos, moneda corriente desde los 18 años y la conservación de la virginidad un mito literario y fantasmal”.

Eso era lo que se notaba, casi palpaba, en el ambiente de los hogares españoles antes tan púdicos. La verdad es que yo, por entonces, me consideré un anticuado en una parte importante del libro. “A mí me cuesta creer —escribía yo en el capítulo de la lujuria de la vigésima edición (pág. 168)— que una tradición tan española haya perdido todo su valor en el espacio de un par de lustros. Tengo la impresión de que, en lo más profundo de mis paisanos, queda la nostalgia de aquella época y que cuando está con su mujer o novia en la intimidad, mantiene una curiosidad malsana para saber ‘como fue’ lo del otro aunque no lo diga para no pasar por anticuado”.

Mi sospecha parecía fuera de lugar y desfasada pero solo tenía un defecto: se quedó corta. Tras unos años de tranquilidad en el comportamiento de las parejas, cuando ya parecía que nuestros compatriotas aceptaban la marcha de ella a otro hogar y a otros brazos como si, en vez de España viviésemos en Holanda o Finlandia, empezaron a surgir, en los medios de comunicación, noticias más propias del siglo xix que del xxi. Un antiguo novio había matado a la mujer que se separó de él, un marido abandonado quemaba la casa de su esposa, otro le disparaba a ella y a su nueva pareja...

La sociedad asombrada ante la vuelta al pasado de algunos de sus miembros, reaccionó de la forma que creyó más oportuna y eficaz, llevando a la prensa y, sobre todo a la televisión, a varias esposas que habían sobrevivido al ataque físico de sus ex maridos y las que seguían aterrorizadas tras las amenazas de quienes, habiendo compartido su vida, se negaban a admitir que los hubiesen dejado por otros. Con esta exposición se intentaba que el posible agresor se diese cuenta, tanto de lo criminal de su intento, como lo ridículo de su reacción en el inicio del siglo xxi.

Si ese era el intento fracasó de forma estrepitosa. Uno de los ex maridos citados en esas entrevistas le dijo a la que había sido su esposa que un día le prendería fuego a su ropa "como habían hecho con la que apareció en la televisión", y que pereció efectivamente de esa forma dramática. En resumen, el intento de los medios de comunicación de recordar al presunto asesino que, felizmente, había pasado en España la época de los crímenes pasionales, en lugar de coartar la voluntad homicida del español celoso, le proporcionó nuevas ideas para vengarse de la "humillación" que "su" mujer le había hecho al dejarle por otro. En el mes de enero del 2005, murieron así asesinadas doce novias o esposas en España, con lo que mis temores desgraciadamente se confirmaron. Es la única vez que he lamentado tener razón.

Ya al hablar de la soberbia española (que solo por serlo ya ocupa el primer lugar en el orden de los pecados capitales) yo recordaba la diferencia que existe entre la declaración amorosa española y su equivalente en otros lenguajes. Así hacía notar que el "je t'aime", "I love you", "Ich liebe dich" y "Ti voglio bene" de otras lenguas se convierte en Madrid, la Coruña o Málaga en un "te quiero" que, en vez de indicar una relación de igual a igual, tiene el valor de una posesión tan autoritaria como "quiero un balón" o "una copa de jerez".

Y de ahí, de esa posesión total nacen los celos probablemente debido a la añeja influencia árabe en las costumbres españolas; no es casualidad que en Andalucía, con varios siglos de dominio musulmán, los celos masculinos se manifiestan con más dureza que en otros cancioneros del mismo país. Basta oír una copla para cerciorarse:

Si te veo hablar con otro,
te lo juro por Jesús,
que a la puerta de tu casa
tiene que haber una cruz.

No se olvide que la musulmana es la única religión que, a principios del siglo XXI, mantiene la condena a muerte de la esposa infiel por lapidación, precisando incluso el variado peso de las piedras que le arrojan niños, mujeres y hombres... una influencia que sigue pesando demasiado, por lo que hemos visto, en el comportamiento del español medio.

* * *

El buen éxito del libro sobre el carácter español me animó a probar el sistema con otros países que creo conocer bien por haber vivido en ellos. Así publiqué los referentes a Italia, Francia y los Estados Unidos; volúmenes que, como es lógico aún yendo bien, no obtuvieron la misma acogida que el primero por dos razones básicas: se hablaba de pueblos extranjeros y considerados espiritualmente lejanos aunque geográficamente fueran vecinos.

Pero lo que me extrañó fue la iracunda reacción de algunos nativos de los países citados, por ejemplo: la señora francesa que montó en cólera al enfrentarse con el tomo dedicado a

su país. Transcribo su reacción tal y como me la contó un amigo mío y cuñado de ella respetando su sintaxis: "Oye, quería un libro para distraerme en el viaje por tren de Hendaya a Madrid, vi en el quiosco de la estación uno con el título *El francés y los siete pecados capitales* y lo compré. ¡Ah, no! ¡pero no! ¡pero no!".

Fue curioso que eso lo contara una paisana de Pierre Daninos que, hacía poco, había publicado un libro divertidísimo sobre sus compatriotas en casa y en el extranjero. De la primera parte recuerdo el curioso estudio de dos aficiones francesas en principio incompatibles entre sí. La pequeñez reflejada en su afición a la "petite maison", "le petit verre" o "la petite amie" y a la "grandeur" que tan bien supo interpretar De Gaulle para convertirse, durante largos años, en el único gobernante autoritario de Francia.

Y del interior el autor pasó al exterior visitando algunas colonias francesas en España donde oyó esta "perla" de boca de una compatriota residente en Santander. Al hablar del horario tardío de las comidas en los restaurantes locales: "¿Se da cuenta? ¡Quieren que nos acomodemos a su horario!".

No sé si la crítica dama que se ofendió con mi libro conocía la obra citada de Daninos pero, si lo hizo, probablemente le perdonó porque era su compatriota el que escribía. Pero un español, ¡un "meteque"! atreverse a burlarse de algún aspecto de "¡la France!".

También había salido, esta vez, en italiano un libro delicioso pero punzante sobre los defectos locales escrito por el famoso Luigi Barzini, pero la compatriota que se ofendió con el mío no lo había leído. Se trataba de la bibliotecaria de la Casa de Cultura Italiana, ubicada en un bello edificio al final de la calle Mayor de Madrid. Yo era asiduo asistente a la institución porque, aparte de su colección importante de libros presentaban, de vez en cuando, películas itálicas que, al proyectarse en un edificio perteneciente a la embajada, no habían sufrido cortes de la censura española.

Por esa asistencia continua me quedé asombrado al notar un día una frialdad extrema en el saludo de la bibliotecaria; creí que había olvidado mi cara y me presenté: "¿La conosco benissimo, professore?", me contestó sarcásticamente. "Pero no le puedo perdonar el libro satírico que ha escrito sobre mi país".

Le aseguré que no quería ofenderla y que lo sentía si así había ocurrido, pero que al tratarse de un estudio humorístico de diversas culturas, la sátira era obligatoria como ya había demostrado en el primer volumen de la colección. ¿Es que ella no habrá leído *El español y los siete pecados capitales* y no arremetía contra mis propios compatriotas con el mismo sarcasmo?

Y entonces ella me contestó con una frase preciosa: "¡Ma quello é vero!" (¡Pero aquello era cierto!) Los defectos suyos, en cambio, solo eran fruto de mi antipatía visceral hacia los italianos... patriotismo ciego se llama la figura.

Esta es, a grandes rasgos, la historia de mi libro... "más conocido" iba a decir, pero que en realidad resultó el único que me dio fama y dinero... el suficiente para subvencionar una de mis aficiones más caras: los viajes alrededor del mundo en barco. Fruto de ellos fueron varios volúmenes descriptivos de paisajes geográficos y humanos pero aunque se vendieron bien no

llegaron a subvencionarlos. A estas alturas de mi vida tengo publicados ciento cincuenta libros de historia, geografía, ensayo, documentación, novela, biografía, cuentos, pero, para la mayoría de españoles e hispanoamericanos, sigo siendo “el de los pecados capitales”.

La obra se tradujo al inglés con dos ediciones en Inglaterra y los Estados Unidos.

Por cierto, en ese último país donde yo enseñaba, descubrí una faceta de la edición anglosajona que ignoraba. Dado que en Madrid todos los autores nos conocíamos más o menos, al compartir tertulias y mencionarnos continuamente los unos a los otros, no podía imaginar lo difícil que era allí ser mencionados en “los medios” aunque fuera en forma negativa. Por ello, al quejarme yo a la encargada de Relaciones Públicas de la cifra de ejemplares vendidos de *The Spaniard and the Seven Deadly Sins* fue ella quien se asombró de mi queja: “Pero... ¿qué dice usted? Su nombre era desconocido como autor en este país... el tema de su obra tampoco figura entre los populares para los norteamericanos y, sin embargo, hemos conseguido críticas, en general, favorables, en periódicos de la categoría de *The New York Times*, *Time*, *San Francisco Examiner* y otros de primera línea. ¿Sabe usted cuántos autores norteamericanos con varias obras publicadas no han conseguido nunca ser mencionados en esas páginas?”.

Yo no lo sabía entonces pero aprendí para siempre que, si es cierto que llegar a best-seller en los Estados Unidos significa la fama, la fortuna y la seguridad para la vejez, algo muy difícil de conseguir con el mismo mérito en Europa y Sudamérica, el número de afortunados que lo alcanzan es mínimo.

Pero la misma desproporción existía entre los dos países ante las posibilidades de aparecer en la televisión para hacer propaganda gratuita de una obra literaria. En España había entonces solo dos estaciones y en Nueva York doce, pero las dificultades para hacerse un hueco allí, eran mucho mayores. Por ello cuando la señorita de RRPP de Scribner's consiguió que una de ellas aceptase abrirme las puertas, su alegría solo estaba nublada por el temor a que aquel “paleta” de ultramar se pusiese ya nervioso en la entrevista previa obligatoria. En vano yo le explicaba que en España había aparecido muchas veces en la “tele”, que no se preocupara... daba lo mismo. Cuando se despidió de mí ante la puerta del despacho del director del programa estaba a punto de desmayarse.

La verdad era que el “decorado” del lugar del examen era para asustar a cualquier novato. En el “plateau”, un hombre gordo, nervioso con lentes, fumando un puro y yendo continuamente de un teléfono a otro, y de un timbre al siguiente, parecía sacado de una película... mientras yo esperaba pacientemente que me tocara el turno de su atención. Y de pronto, me miró, abrió una carpeta y me mostró un recorte del periódico *New York Times* con el anuncio de mi obra, publicado por la editorial Charles Scribner's Sons. Para él me habían pedido una fotografía “de calidad” y yo solo tenía una de esa característica. La que me había sacado el profesor de esgrima de la Universidad de Puerto Rico que era, además, un buen técnico de la cámara. En ella aparecía yo con el traje propio de aquel deporte y un sable apoyado en el hombro, imagen que el examinador me enseñó mientras me preguntaba severamente.

—¿Va usted siempre vestido así por la calle?

—La verdad —contesté— desde que publiqué el libro sobre los españoles no tengo más remedio que protegerme.

Por vez primera desde que había entrado en el despacho, el ogro se sonrió alargándome la mano.

—Está usted aceptado —dijo. Y yo salí a comunicarlo a mi asesora que estaba ya al borde de un ataque de nervios.

La entrevista se transmitió sin problemas y al día siguiente salía de Nueva York. Curiosamente en el taxi que me llevaba al aeropuerto, el conductor, tras mirarme por el retrovisor me espetó:

—¿Estuvo usted en el canal tal ayer?

—¿Cuántos canales de televisión hay en Nueva York? —pregunté yo.

—No sé decirlo... creo que doce... —contestó.

—Pues sí; ha acertado, era yo.

Tengo que añadir que, según mi experiencia cualquier parecido de las ediciones en USA con las españolas es una casualidad; pero, una vez curiosamente, yo tuve razón en una disputa con los directores. Después del éxito (para mí, relativo; para ellos, como he dicho, grande) hablamos de lanzar en inglés otro libro de la colección "Pecados". Yo les decía que dado el gran número de italianos nativos o descendientes que había solo en Nueva York, debían publicar el que trataba de sus pecados; pero él tenía otra idea.

—Mire —me dijo— De Gaulle ha dicho cosas muy desagradables de nosotros y la gente está ofendida con Francia. Por ello una sátira de sus costumbres sería un éxito.

—Perdone —le contesté— usted me habla de una situación temporal. Con lo que ustedes tardan en imprimir, encuadernar y distribuir un libro pasarán seis meses como mínimo ¿no?; el asintió (curiosamente en España puede hacerse en tres meses), con ese retraso el mal humor de la gente hacia Francia habrá pasado a la historia. No olvide que aquí se adora al país galo y sobre todo a su capital: "cuando un norteamericano bueno se muere, en lugar de ir al cielo va a París".

—¿No se dice así? —él se rió asintiendo. En cambio el público italiano es muy constante en USA y sobre todo en Nueva York. Hágame caso, publique el libro sobre los italianos.

No me hizo caso —¿qué sabía un español de su negocio?— y, como me temía, la traducción de mi obra sobre los franceses apenas se vendió. Y, cosa rara en cualquier país e industria, el editor admitió luego que yo tenía razón al elegir el otro texto para su publicación.

En general la traducción y presentación de mi obra en el extranjero fueron dignas. La excepción la constituyó la edición en alemán que hizo la editorial suiza Scherz Verlag. En una apoteosis de colores chillones sobre la cubierta, el editor había antepuesto al título un llamativo "¡Olé, don Juan!" que, aparte de falsear el original, recordaba la intención del autor al destacar solo dos de los siete pecados capitales (la soberbia y la lujuria: típicos del burlador).

Lo natural, aunque quizás no sea la postura más elegante del autor que ha conseguido un éxito literario, es sacarle más partido dándolo a conocer en teatro o cine, en salas o en forma

televisiva; confieso que yo también caí en esa tentación. La versión teatral podría decirse que gustó sin exageración llegando a las cien representaciones.

En cuanto a la aparición en la pequeña pantalla, fue interpretada por dos cómicos muy famosos en aquel momento que, aparte de sus dotes artísticas, eran muy populares por un anuncio en el que jugaban con su alopecia y el producto enlatado que divulgaban: las conservas Calvo. La serie gustó también sin exageración y la referencia al tema siguió relacionada siempre con el volumen.

—¿A qué no sabes dónde tengo tu libro? —era una pregunta que me hacían a menudo, a la que yo replicaba invariablemente:

—En al mesilla de noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es un tipo de libro que puede cerrarse cuando te entra el sueño incluso ¡a medio pecado! cosa que no ocurre con una narración policiaca, por ejemplo.

Muchas veces me han preguntado los periodistas si no me ofende que ese ensayo sobre la sociedad española sea el que me ha dado fama cuando fueron ignorados o poco conocidos obras de mayor ambición como *Otra historia de España*, *Francófilos y Germanófilos*, *Los españoles en la Primera Guerra Mundial o los siete volúmenes dedicados a la Guerra Civil*. A eso contestaba siempre que aceptaba como lógico el mayor éxito de una obra que al intentar descubrir a los españoles despertaba el interés de quienes, solo por serlo ya se interesaban por lo que parecía ser el retrato o la caricatura de todos ellos. Que yo no era como esos actores quienes al ser felicitados por su brillante actuación en una comedia vulgar contestaban: "Eso no es nada ¡si usted me hubiera visto en Hamlet!". Creo que el profesional debe dar lo mejor de sí mismo en cualquier actividad en que se emplee sin descender nunca a la vulgaridad o la pornografía para conseguir el aplauso del espectador o el lector. Por lo que, sabiendo que podía hacer un libro de más altura intelectual, me ha divertido redactar éste y celebrar que muchos se lo hayan pasado bien al reconocerse en sus páginas.

Por cierto, entre los elogios recibidos había uno que me desconcertaba siempre; era el de: ¡Cuánto me he reído con tu libro!

—¡Ah! —contestaba yo— pero si es una obra casi dramática!

—Sí, sí, claro —respondían— pero el conjunto resulta divertido.

Esta es la historia del único de mis libros que me hizo famoso o, al menos, más conocido.